

Revelando a Matiz, el fotógrafo

Texto y fotografías: Enrique Moreno Campo¹

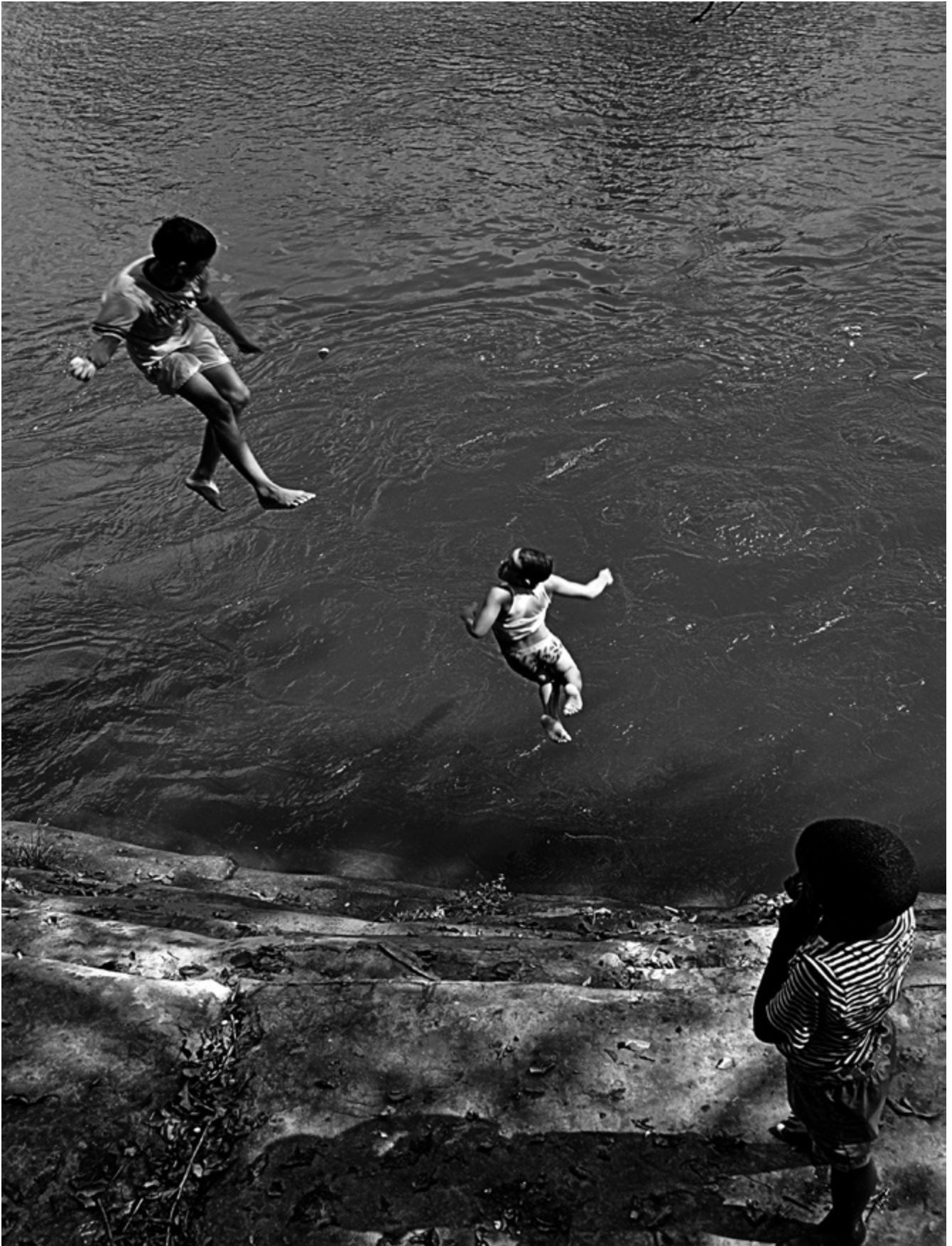
Algunos artistas no gozan de la popularidad que merecerían si se apreciaran por la valía de su obra. Tal es el caso de Leo Matiz, nacido en Aracataca, Magdalena, territorio singular del planeta ubicado en el Caribe colombiano, en pleno clima tropical. Un lugar vital que inspiró al realismo mágico, movimiento de las letras y las artes plásticas surgido a mitad del siglo XX y cuyos integrantes se interesaron por mostrar esas escenas irreales, exageradas o extrañas como algo cotidiano y común. Dicho propósito le valió a Gabriel García Márquez, con su Macondo, lograr un lugar honroso al ganar el Premio Nobel de Literatura, y nos da motivo a nosotros para reconocer a esa Aracataca de la geografía olvidada, ennoblecida por la imaginación. Y si bien lo anterior ocurrió en la década de los ochenta, ya antes otro personaje de esos mismos lares, determinado con un sello proverbial, andaba dentro y fuera del país dibujando con luz la realidad de los muchos macondos y personajes

latinoamericanos influyentes e impactantes del momento: el señor Leonet Matiz Espinoza, conocido como Leo Matiz.

Ya en la década de los treinta, Leo Matiz inquietaba a Santa Marta, ciudad muy cercana a su lugar de nacimiento, caracterizada por sus casas de barro o cañabrava. Cautivado por aquel aparente “progreso” que se hallaba rendido a los pies de sus habitantes al lado del mar con su puerto y su tren, un escenario propicio para que aquel joven publicara sus primeras caricaturas en la *Revista Civilización*, las cuales usó después en su primera exposición realizada en la Cafetería Excelsiór. De Santa Marta surgirán un sinnúmero de fotografías inspiradas por el mar, el puerto, los barcos, los peces, sus gentes, los pescadores o las vendedoras de pescado.

El joven Leo Matiz crearía después la *Revista Lauros*, su primera apuesta por difundir el arte y la cultura; luego tomaría la decisión de irse de estas tierras cálidas al interior del país para ingresar a la afamada Escuela Nacional de Bellas Artes, la

1. Fotógrafo, marketer, publicista y gestor cultural. E-mail: emorenoc@unimagdalena.edu.co



Del proyecto “Matizando a Macondo”.

cual hoy identificamos como la Facultad de Artes de la acreditada Universidad Nacional, ubicada en Bogotá. Tales hechos nos empiezan a develar el diario vivir de alguien que, con maestría empírica y recurriendo a silenciosas representaciones cargadas de franqueza dramática y exquisitez técnica, logró captar la esencia tanto de sus personajes de reconocimiento mundial como de su cotidianidad; también deben destacarse sus trabajos de entonces como reportero gráfico para importantes periódicos nacionales e internacionales, tales como *El Espectador*, *El Tiempo* y *Estampa*, o las revistas especializadas como *Selecciones de Life*, *Reader's Digest* o *Norte*.

El maestro siempre jugó con la luz como eje central de su concepto estético, logró composiciones contundentes para enmarcarla y exploró las posibilidades que ofrecen las sombras. Su patrón estético ni siquiera se puso en duda cuando fue testigo del Bogotazo, macabro hecho de la historia colombiana ocurrido a finales de la década de los cuarenta; también empleó su técnica de claroscuros y la confirmación revelada de las sombras del poder que se moldeaban en la realidad de los pueblos latinoamericanos sin visos de libertad.

Las imágenes abstractas de Leo Matiz también nos disponen a una escenario que no podemos ocultar y que él en su labor de reportero gráfico tuvo siempre presente; nos recuerdan a esos momentos iniciáticos de un fotógrafo, cuando empezamos a encuadrar cada elemento que nos rodea y tratamos de buscar los matices que ofrecen los ritmos de líneas evidentes o escondidas en los paisajes rurales o urbanos; nos recuerda cuando experimentamos con los ángulos de toma, a veces arriesgados y otras veces tímidos, tratando de lograr las primeras composiciones fotográficas atractivas para compararnos con los grandes maestros de la historia y así iniciar nuestro encarrete.

Matiz afirmó en muchas entrevistas que siempre disfrutó el oficio de vivir y hacer fotografía porque desde pequeño, cuando observaba, era

dominado por el ansia de conocer su entorno; él fue un observador de esa naturaleza que lo cautivaba mediante sus asombros y curiosidades. De lo anterior se deduce que son indispensables la paciencia y la permanencia para esperar el aleteo fulminante de un colibrí o el gesto de una garza al posarse sobre una rama; no todos están dispuestos a ello, el cansancio de lo inmediato pesa en el fotógrafo, pero insistir no debe apremiarlo ni debe hacerlo retroceder ante algo que sea más preciso en el tiempo y las emociones. A propósito, la serie que Matriz realizó durante su estadía en Bogotá pone de manifiesto composiciones impecables mediante líneas rectas y curvas, una técnica depurada y sin peros; todo está donde debería estar. Por eso Matriz ha dejado huella y su legado demanda un lugar en la historia de la fotografía como testigo de los hechos mediante imágenes.

Del proyecto “Matizando a Macondo”.



La importancia de Leo Matiz radica en que su propuesta trasciende la fotografía, como si se tratara de un elemento mágico que vislumbra apariciones de una realidad nunca antes captada; su arte nos lleva a un portal abierto hacia la modernidad, hablando en términos de imágenes fotográficas. En cada uno una de sus capturas queda plasmada la realidad natural, popular o autóctona; Matiz retrata el paraíso colombiano y resalta con detalle uno a uno los factores que conforman su mirada cargada de pasión conjugada con su propósito de hacernos testigos del portador de una historia.

Dada su precisión y carácter al llevar a cabo el ejercicio de la única toma, el trabajo de Matiz es ejemplar para los fotógrafos actuales que no quieran caer en los facilismos de la infinidad digital; su obra insiste en el retrato de la figura icónica y no en las imágenes sueltas, vacías e insustanciales. Al estudiar los proyectos fotográficos de Matiz se destaca la imagen fotográfica en un doble sentido: como construcción narrativa y como objeto de investigación documental o social, lo cual invita a reconocer sus potencialidades técnicas, estéticas y expresivas que excavan, explican e incluso nos cuestionan por su técnica depurada y contundente; la obra de Matiz nos recuerda constantemente los ojos del maestro posados en la inmediatez de los datos originados por la vista, los cuales nos llevan a indagar el significado y el ser de las cosas. Su mirada, entonces, no fue exclusivamente aprehensiva, sino más bien descriptiva.

También, retomando lo biográfico, es importante recordar que Matiz declaró tener una relación ambigua e imprecisa con Colombia, semejante a lo dicho en su momento por el escritor de Macondo; su tierra lo vio nacer pero no mostró interés hacia él durante décadas, pasando por alto las incidencias relevantes de su trabajo y sus aportes a la fotografía.

Ahora conviene hacer un alto en la vida y el legado de Leo Matiz para resaltar lo que en torno a él se viene trabajando a través de la Dirección de

Proyección Cultural de la Universidad del Magdalena: en pasados meses, a partir de unos objetos personales del fotógrafo previamente inventariados, y a los cuales se les realizaron los procedimientos de conservación y preservación por parte del equipo de expertos del Museo de Arte de la Universidad del Magdalena, se hizo una exposición llamada “Revelando a Matiz, vida y obra” en la Casa Museo Gabriel García Márquez (ubicada en Aracataca), para el disfrute tanto de la comunidad cataquera como de los visitantes nacionales e internacionales.

Tal vez esta exhibición sea el preámbulo del reconocimiento que merece Leo Matiz, concentrando la atención del público tanto en su talento fotográfico como en su producción artística, mostrando al público (integrado por conocedores como principiantes) este mundo de imágenes atrapadas en el instante y que puedan permitir la creación de un museo con su nombre para ser visitado.

Adicionalmente, se abrió una convocatoria para impartir un taller de fotografía a los jóvenes de Aracataca, en el cual serví de guía pedagógico y que, bajo el nombre de “El claroscuro de Leo Matiz”, buscaba precisamente que los participantes entendieran el aporte conceptual de su legado en cuanto a la técnica, como ocurre en *El pavo real del mar*, una imagen que se dispone en una red de pesca alzada al cielo y erigiendo una composición junto a un instante de esos que parecieran detener el tiempo. Sin duda, se trata de una obra atemporal e inmortal; eso es lo que puede llegar a significar Leo Matiz con su fotografía.

Leo Matiz debe ser recordado como fotógrafo, caricaturista, pintor, galerista e incluso creador de periódicos, que, como lo recordaba Henry Cartier Bresson, captó instantes decisivos de la historia contemporánea con su cámara réflex de objetivos gemelos marca Rolleiflex, empleándola en cada uno de sus viajes y momentos de su vida nómada en los cinco continentes visitados.



Del proyecto “Matizando a Macondo”.

Volviendo a lo biográfico: a principios de la década de los cuarenta, cuando arriba y se instala en México, Matiz empieza a tener contacto con la industria cinematográfica y periodística de dicho país. Conviene recordar que entonces, México contribuía al arte y la cultura continental en múltiples áreas, recibiendo a artistas de diversos lugares del mundo, quienes con su conocimiento cimentaron una producción estética clave en nuestra cultura mestiza haciendo aportes para que el pueblo latinoamericano fuera poco a poco reconociéndose en su identidad, consolidando su memoria y configurando su inteligencia sensible hacia el arte. Sin duda, lo anterior comienza a develarnos la grandeza del maestro, porque la diferencia entre la buena fotografía y la fotografía mediocre radica en distancias de milímetros; la cámara es como un cuaderno de dibujo, y la intuición junto a la espontaneidad son herramientas para crear el instante decisivo. Frida y Diego, María Félix, Buñuel, León de Greiff, Zalamea, García Márquez y Botero, por nombrar solo algunos, son testigos de que Matiz convertía sus testimonios gráficos en arte para los ojos.

Desde que Leo Matiz partió de Barranquilla hacia México en 1940, tomando la ruta de Panamá para llegar primero a San José de Costa Rica, donde oportunamente expuso sus fotografías y caricaturas, inició un proceso de sensibilización y apreciación sobre su arte a través de muestras y exhibiciones. Cuando arribó al Salvador expuso con el artista internacional, grabador, pintor y escritor costarricense Francisco Amighetti Ruiz; luego, en tierras aztecas, empezó no solo a mostrar sus trabajos fotográficos en exposiciones y muestras, sino que también inició su consolidación como reportero gráfico en las principales revistas mexicanas. Con el tiempo se vinculó como fotógrafo de rodaje al Sindicato de la Unión Cinematográfica de México, e inmediatamente surgieron oportunidades de retratar a actrices y actores que participaron en las películas para las cuales Matiz realizó foto fija, entre los que se destacan: Mario Moreno “Cantinflas”, Fernando Soler, Esther Fernández, Dolores del Río, Esther

Williams, Gloria Marín, María Félix, Beatriz Aguirre, Domingo Soler, Abel Salazar, Julio Villarreal, Rosario Granados, Rafael Baledón, Emili Guiu, entre otros.

En México, Matiz también tuvo la oportunidad de conocer al director de cine Luis Buñuel, y en uno de esos encuentros aprovechó para intercambiar su trabajo fotográfico sobre los marginales de la Ciudad de México, un material que años más tarde serviría de inspiración a Buñuel para su película *Los olvidados* (1952). En 1945, cuando estaba en la cúspide de su trabajo en territorios mexicanos, le concedieron el premio a mejor reportero gráfico de México y cuatro años después fue catalogado como uno de los diez mejores reporteros gráficos del mundo por la prensa internacional. Con dichas credenciales llegó a Nueva York para ser parte del selecto grupo de reporteros gráficos de las revistas más importantes de América.

Después, Leo Matiz empezó a colaborar con varias publicaciones colombianas, venezolanas, brasileras y mexicanas; como reportero gráfico de *Life*, *Harper Magazine* y *Momento*, entre otras, inició una travesía que hizo de Medio Oriente su escenario laboral, al tiempo que se convertía en uno de los fotógrafos más innovadores de su época, inauguró una nueva manera de hacer periodismo gráfico viajando por el mundo para contar historias *in situ*, algo que no era común entre sus colegas, quienes solo estaban interesados en trabajar dentro de sus propias fronteras.

Nunca serán suficientes las páginas para escribir sobre artistas como Leo Matiz, maestro de generaciones, cuya estética humanista, vanguardismo, versatilidad y singularidad sobresalen en aquella generación de reporteros gráficos que, tal vez sin proponérselo, durante el siglo XX modernizaron la fotografía en Latinoamérica. Y es que la obra de Matiz es tan variada que abarca cultura urbana, mundo del arte y el entretenimiento, retratos de celebridades e imágenes experimentales que, en todo caso, revelan el poder



Del proyecto
“Matizando a Macondo”.

del discurso estético y expresivo del artista; su obra está integrada por inolvidables composiciones realistas y geometrías inquietantes y vivaces que cuestionan nuestra conformidad visual. Por eso la región dedicada a exaltar a nuestro ganador del Premio Nobel de Literatura tiene la urgente necesidad de reconocer, por igual, el trabajo de quien también nos universalizó a través de la fotografía.

Para culminar, revelar a Matiz me llevó a desarrollar un trabajo fotográfico llamado “Matizando

a Macondo”, un proyecto fotográfico documental y cultural que recorre y explora lugares, sabores y gentes de Aracataca, lugar de nacimiento de dos notables artistas: Leo Matiz y Gabriel García Márquez. El proyecto buscó la transmisión de saberes y la exploración del patrimonio inmaterial relevante para el departamento del Magdalena y el país, dada la relevancia de Matiz y García Márquez para nuestro Caribe y para la cultura universal.

Leo Matiz también vuelve a Aracataca para revelarnos otra forma de ver el mundo. ■■■